

APROXIMACIÓN A LA HISTORIOGRAFÍA URBANA

Izaskun Landa

Sector de Estudios Urbanos, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, UCV
izaskunlanda@gmail.com

RESUMEN

Desde mediados del siglo XIX, cuando se publicaron las primeras obras sobre la ciudad, la historiografía urbana se fue conformando como campo del conocimiento que trata sobre la ciudad y los procesos históricos que ocurren en el ámbito urbano y territorial. El amplio y heterogéneo *corpus* de contenidos que constituye actualmente la historiografía urbana, está formado por una extensa bibliografía académica que se expande constantemente y comprende publicaciones, revistas especializadas, memorias de congresos e investigaciones universitarias, cuyos autores provienen de numerosas disciplinas. El objetivo de este ensayo es realizar una exploración inicial sobre las principales concepciones y fundamentos que existen sobre la historiografía urbana desde mediados del siglo XIX hasta comienzos del siglo XXI. Para ello se revisan algunas de las obras medulares de la historiografía urbana europea y norteamericana que formaron las corrientes predominantes y luego se estudian las obras latinoamericanas y venezolanas. Las primeras indagaciones muestran que no existe consenso con respecto a la identidad de la historia urbana como campo independiente, ya que mientras para importantes historiadores es un área temática de la historia, para otros estudiosos es una disciplina académica. Se evidencia la existencia de un núcleo tradicional de contenidos, que está constituido por corrientes diferenciadas que abordan los procesos urbanos desde distintas perspectivas disciplinarias. La heterogeneidad de las materias estudiadas, los variados enfoques disciplinarios y el diverso instrumental conceptual y teórico que explica los procesos urbanos, no permiten realizar un claro deslinde temático, metodológico y teórico de la historiografía urbana; sin embargo, su coherencia radicaría en la concurrencia de las variadas perspectivas disciplinarias en un objeto común de estudio que es la ciudad y en la aplicación generalizada del método historiográfico. Actualmente, la historiografía urbana se desenvuelve entre el aporte de perspectivas diversas y la expansión permanente de sus conceptos y contenidos.

609

Palabras clave: historiografía urbana, historia de la construcción urbana y territorial, ciudad, América Latina, Venezuela.

INTRODUCCIÓN

Desde mediados del siglo XIX, cuando se publicaron los primeros estudios sobre la ciudad, se fue gestando, cristalizando y ampliando el *corpus* variado y heterogéneo de la historiografía urbana, que a partir de la década de los sesenta del siglo XX se especializó y adquirió un perfil académico propio y reconocido. El análisis de la historia de los fenómenos urbanos ha generado un amplio y heterogéneo repertorio de temas que han sido abordados desde una óptica global o desde los enfoques sectoriales de diversas competencias disciplinarias, tales como la historia, arquitectura, urbanismo, antropología, derecho, sociología, economía, demografía, geografía o literatura, de manera que para algunos historiadores este hecho pone en cuestión su propia autonomía como campo del conocimiento, aunque para otros estudiosos la historia urbana se ha constituido como disciplina académica.

La proliferación de publicaciones especializadas da cuenta del desarrollo de la historiografía urbana, no solo por la formación de una extensa bibliografía académica, sino por la publicación de revistas especializadas, impresas y digitales, como *Journal of Urban History*, *Urban History* o *Planning History* en el mundo norteamericano y anglosajón, *Storia Urbana* en Italia e *Histoire Urbaine* en Francia, y por el vasto registro de las memorias de congresos y seminarios nacionales e internacionales y las investigaciones en universidades e institutos. La amplia comunidad de historiadores del fenómeno urbano es la expresión del reconocimiento y acreditación de esa área de estudios (Kuhn, 2004). Esta y otras razones han llevado a ciertos estudiosos a considerarla como “una disciplina académica” (Almandoz y González Casas, 1996; Sambricio, 1996), sin embargo, la autonomía de la historia urbana como disciplina independiente no ha sido reconocida por importantes historiadores que consideran que la ciudad es sencillamente un área temática de la historia (Veyne, 1984), y también porque la ciudad no es un “objeto social unitario” y autónomo del contexto que la abarca (Abrams, en Almandoz, 2003b, p. 5).

610

Una de las características particulares de la historiografía urbana desde sus inicios es la variedad temática y metodológica que pone de manifiesto el “heterogéneo, disperso e indefinido conjunto de aportaciones disciplinares diversas (...) sin demarcación clara de límites con la historia general” (Terán, 1996, p. 88), de manera que la coherencia de esta área radicaría en la confluencia de las perspectivas de estas disciplinas en el análisis de la ciudad como un común objeto de estudio y en el empleo generalizado del método histórico, bien sea de modo sistemático o contingente.

El objetivo de este ensayo es realizar una exploración inicial sobre las principales concepciones y fundamentos de la historiografía urbana desde mediados del siglo XIX hasta comienzos del siglo XXI. Se mencionan las obras fundamentales de la historiografía europea y norteamericana que han formado escuelas y generado tendencias; en la última sección se examina el desarrollo de las investigaciones en América Latina y Venezuela. En este ensayo, las obras fundamentales de la historiografía urbana solo están referidas en el texto y no en la bibliografía, que comprende únicamente obras sobre historiografía urbana.

APROXIMACIÓN A LA HISTORIOGRAFÍA URBANA

Desarrollo de la historiografía urbana, contenidos y corrientes

El objeto

El objeto de estudio de la historia urbana es la ciudad y los diversos procesos históricos que en ella ocurren (Piñón, 1996). Para conceptualizar a la ciudad como entidad físico-social existen numerosas definiciones de carácter demográfico (Capel, 1975; Germani, 1976), socioeconómico y espaciales (Weber, 1958; Wirth, 1938; Sjöberg, 1964; Capel, 1975) sobre las que no hay consensos absolutos, pero permiten situar a los investigadores con bastante certeza en el objeto de estudio. Sin embargo, esta demarcación no es suficiente cuando ciertas investigaciones históricas requieren salir del *locus* urbano para analizar redes de ciudades y estructuras conexas que forman parte de regiones o territorios más amplios. Ambas son el objeto de estudio de la historiografía urbana.

Los contenidos y corrientes: entre la visión morfológica y la social

El hecho de tomar a la ciudad y el territorio como centro de las investigaciones históricas tiene implicaciones fundamentales debido a las innumerables materias que derivan no solo de su construcción, sino de los diversos procesos históricos que se han generado en ella y que comprenden la totalidad del desarrollo histórico de las sociedades urbanas. La categorización de esta amplia y compleja temática es difícil, ya que posee innumerables aristas, pero, consciente del riesgo que ello implica, se ha clasificado en tres grandes corrientes o formas de abordar los contenidos generales, siempre desde un interés personal, que se fundamenta en “las aproximaciones que consideran la dimensión espacial como un aspecto clave que permite un acercamiento complejo a los procesos urbanos” (Guardia, Monclús y Oyón, 1996, p. 115). La primera de ellas trata sobre el proceso histórico de construcción de la ciudad, que contiene un componente espacial y morfológico fundamental; la segunda tendencia se refiere a los procesos socioculturales que ocurren en la ciudad como ámbito de acontecimientos económicos, políticos, religiosos, sociales o culturales, donde la variable espacial tiene menor valoración. La tercera corriente articula los procesos socioculturales urbanos al espacio donde se desarrollan. Estas tres tendencias se manifestaron con la publicación de las primeras investigaciones en las décadas iniciales del siglo XX. Sería imposible abarcar todo el universo de estudios realizados, por lo que se nombran –sin entrar en su estudio ni discusión– ejemplos significativos, algunos de los cuales son conocidos personalmente, en tanto que otros son referidos por investigadores.

En la primera corriente tiene su origen en la segunda década del siglo XX en los trabajos del historiador M. Poëte sobre la evolución de París [1924-1931], del economista e historiador del arte W. Hegemann sobre las veloces transformaciones ocurridas en la Berlín industrial (1930), (Guardia, Monclús y Oyón, 1996) y del investigador P. Lavedan, que desarrolló tres volúmenes de la historia del urbanismo de ciudades europeas y norteamericanas (1926, 1941, 1952). Estos autores inician el desarrollo moderno de las investigaciones sobre los procesos históricos de construcción urbana y también son iniciadores de la historia del urbanismo moderno (Almandoz, 2000). Aunado a estas obras se encuentran los trabajos pioneros de la geografía urbana desarrollados por Schülter, quien introduce el concepto del paisaje cultural urbano; los del francés Blanchard (1911) que estudiaron los procesos de crecimiento y transformación urbana; y el británico Dickinson (1934), quien profundizó la dimensión morfológica en el análisis de las transformaciones urbanas (Guardia, Monclús, Oyón, 1996). Desde el campo de la arquitectura, S.

Gideon (1940), Rasmussen (1949) y P. Zucker (1958) incursionaron en el área de la historia del urbanismo y la arquitectura y generaron obras fundamentales que fueron continuadas en las prolíficas décadas de los sesenta y setenta por los también arquitectos E. Bacon (1967), F. Chueca (1968), P. Sica (1970), A.E.J. Morris (1972) y L. Benevolo (1974, 1977), que fueron continuadas en tiempos recientes por el arquitecto S. Kostoff (1991) y el geógrafo H. Capel (2004), todos los cuales publicaron extraordinarios compendios de la historia del urbanismo occidental, con mayor énfasis en los procesos morfológicos de construcción urbana, los que generaron periodizaciones en función de culturas y tipos morfológicos de ciudad. Mención especial merecen las investigaciones específicas sobre la historia del urbanismo y la planificación de los arquitectos italianos L. Benévolo (1963), G. Piccinato (1974), P. Sica (1976-8) y B. Gravagnuolo (1991), la filósofa francesa F. Choay (1967) y los ingleses A. Sutcliffe (1980, 1981) y P. Hall (1992, 1988, 1998), (Almandoz, 2008).

La segunda de las corrientes presenta tres tendencias: la primera está asociada a la ciudad como agente y causa generadora de procesos económicos, político-institucionales y sociales que inicia tempranamente el historiador Fustel de Coulanges (1864) al tratar sobre las instituciones en ciudades antiguas; luego, el abogado y economista M. Weber, pionero de la sociología, escribe un ensayo emblemático sobre instituciones en ciudades antiguas, medievales y orientales (1921); posteriormente, el historiador H. Pirenne escribió un texto sobre las ciudades medievales y su economía (1925). La segunda tendencia proviene de la sociología norteamericana y se refiere a la ciudad como agente causal de los procesos de cambio social, que ha sido sostenida por los escritos de R. Redfield y M. Singer (1954), E. Lampard y P. Hauser (1965) o Einsstadt (1968), entre otros, y por G. Sjoberg (1960), quien periodizó los procesos urbanos a partir de análisis socioeconómicos y demográficos. La tercera de las tendencias está representada por las inigualables obras del crítico L. Mumford (1939, 1961), cuyo enfoque humanístico hace énfasis en aspectos culturales, artísticos y morfológicos de la ciudad occidental. La temática de estas tendencias abarca la naturaleza económica y político-administrativa de la ciudad; los derechos de propiedad; el desarrollo cívico; los clanes, las asociaciones y confraternidades urbanas; la formación de instituciones sociales y políticas, las democracias urbanas y el poder del pueblo; las redes de comercio, mercados urbanos y la regulación o libertad de comercio, la manufactura urbana, impuestos y tributos urbanos; la ciudad y la Iglesia; las diversas funciones de la ciudad, los ritos religiosos urbanos, la ciudadanía, literatura y arte, los modos de vida urbana, el papel cultural de las ciudades; secularización y modernización urbanas, etc.

La *tercera* corriente abarca las obras que articulan el componente sociocultural de la ciudad con la dimensión físico-espacial y tuvo su inicio en la ciudad de Chicago a partir del análisis de los rápidos procesos de crecimiento que estaban ocurriendo en ella. R. Park, E. Burgess, H. Hoyt y R. McKenzie –grupo que fue denominado la escuela de Chicago o “los ecólogos”– provenientes de diversas profesiones como la filosofía, psicología, periodismo, sociología o la economía, analizaron los fenómenos socioeconómicos y su relación con el espacio. Estos análisis generaron una corriente de estudios sobre la localización de actividades en los lugares urbanos y sus procesos de cambio en el tiempo. En los sesenta, los estudios de W. Alonso sobre la teoría de la renta del suelo (1964) y de D. Foley y M. Webber (1964) sobre el concepto de estructura urbana, profundizaron la comprensión de la relación entre los procesos socioeconómicos y el suelo urbano. Los aportes temáticos comprenden: uso del espacio, división social del espacio, grupos étnicos, apropiación del espacio, estructura urbana, mercado inmobiliario, renta del suelo, entre otros.

El listado de las obras anteriores muestra un amplio, heterogéneo y complejo panorama de temas y tópicos transversales que se ha ido gestando a medida que el desarrollo teórico disciplinar impregnó los estudios históricos urbanos, y viceversa. Cuando los historiadores evidenciaron temas subyacentes, se construyeron conceptos y teorías urbanas. Mientras el devenir urbano genere nuevos procesos y consecuentemente otros problemas, las investigaciones históricas y teóricas sobre ellos irán aumentando la temática del proceso histórico de urbanización y sus alcances seguirán ampliándose y serán más difusos.

Fundamentos metodológicos y teóricos de la historiografía urbana

Dadas las diversas disciplinas desde las que se ha abordado el campo de la historia urbana, las metodologías aplicadas por los investigadores de los procesos urbanos también son distintas. Desde las que presentan los enfoques morfológicos de la geografía, el urbanismo y la arquitectura o las que provienen de la rama de las ciencias sociales como la economía, la sociología, demografía o arqueología, hasta las que se originan en el derecho y las ciencias políticas. Ellas “abordan el pasado con su propio instrumental desarrollado para el análisis del presente” (Guardia, Monclús y Oyón, 1996, p. 112), de manera que no existe “una” metodología de la historia urbana, dado que este campo del saber es multidisciplinario, sin embargo, todas ellas deben acudir necesariamente a la investigación histórica para estudiar los procesos urbanos en el tiempo.

No hay consenso sobre los *fundamentos* de la historia y existen visiones contrapuestas en muchos aspectos: para unos es una disciplina de carácter científico-abstracto porque procede con métodos y técnicas propios y explica los cambios de las sociedades humanas en el tiempo y explicar es hacer inteligible el pasado, su objeto de estudio es el pasado y su método de explicación es deductivo (Topolsky, 1973; Le Goff, 1991). Para otros, la historia no es una ciencia y carece de un método científico. Aunque posee su rigor y este se sitúa al nivel de la crítica, es un saber fáctico que consiste en relatar acontecimientos verídicos que trata de comprender y no puede deducir ni prever (Veyne, 1984).

Así mismo, los historiadores emplean *categorías* para estudiar los hechos históricos, así que para la primera visión (Le Goff, 1991), estas son instrumentos de exposición sin realidad sustancial, que suelen ser de carácter periódico o esquemático y que en la práctica se pueden fraccionar en sociales, económicos o políticos. Mientras, para Veyne (1984), la categorización es vista como un aspecto del problema histórico, es decir, las categorías son los tópicos o ítems como la demografía, el gobierno, la vida religiosa o las ciudades, las que cambian de una sociedad a otra, así como su estructura de relaciones internas y el grado de participación de los acontecimientos. De manera que un acontecimiento único está compuesto por datos pertenecientes a categorías heterogéneas como las de carácter social o económico (Veyne, 1984). Con relación al *tiempo*, también existen discrepancias, ya que según Le Goff (1991), la periodización es un instrumento indispensable para toda comprensión; además, Braudel (1990) plantea que el tiempo puede aproximarse en tres duraciones que coexisten: el acontecimiento, la perspectiva de larga duración y la existencia de estructuras o tesis de las estructuras casi inmóviles; en tanto que para Veyne (1984) el tiempo no le es indispensable al historiador, ya que es la singularidad del acontecimiento y no el tiempo lo que es consustancial con la historia, pues esta es la organización inteligente de los datos relacionados con una temporalidad.

Con respecto al *método*, también se mantienen las divergencias, pues para Veyne la historia carece de método, ya que no puede formular leyes ni reglas. El método es la experiencia profesional del historiador, en tanto que para otros historiadores (Topolsky, 1973; Aróstegui, 1995) existe un método o procedimiento historiográfico para reconstruir la historia, ya que se traza un plan a partir de: 1° el planteamiento claro de un problema, 2° se formulan esquemas hipotéticos, 3° se construyen los datos a partir del estudio de las fuentes (Topolsky, 1973; Aróstegui, 1995) para lo que se debe realizar el proceso de análisis documental con la crítica de las fuentes: autenticidad, fiabilidad y adecuación; 4° se establecen los hechos históricos, 5° se genera la explicación histórica a partir de la argumentación y generalización (Aróstegui, 1995) o desde las diversas interpretaciones de la investigación histórica (Topolsky, 1973), finalmente, 6° se construye la síntesis, lo que Veyne denomina *retrodicción*. Casi todos los procedimientos de este esquema metodológico son utilizados por las ciencias sociales, a excepción de la crítica de las fuentes, que es propio de la historiografía, siendo este el único reconocido por los seguidores de la tesis de la historia como narrativa (Veyne, 1984). La crítica de las fuentes es fundamental, dado que la historia como saber indirecto reconstruye el pasado a partir de las diversas fuentes documentales, que son de carácter cultural como documentos y testimonios, y también de índole material, como las obras de arquitectura y trazados urbanos o los restos arqueológicos (Aróstegui, 1995).

La historiografía urbana está fuertemente impregnada por los fundamentos de la historia, pero no son los únicos, ya que como campo multidisciplinario que es, también está basada en los principios y métodos de las diversas disciplinas que la constituyen y que utiliza en mayor o menor medida, de manera que parece evidente que si la historiografía urbana se ha constituido como campo del conocimiento a partir de los aportes de un conjunto de disciplinas diversas, los saberes que construyen el conocimiento sobre el fenómeno urbano en la historia son también múltiples y han generado conceptos que permiten concebir las cosas y, por lo tanto, reconstruir los acontecimientos en su totalidad. Veyne (1984) plantea que los *conceptos* históricos pertenecen al sentido común, pero no están relacionados con los conceptos de alto grado de abstracción de las ciencias hipotético-deductivas –a excepción de la economía pura– y afirma que el conocimiento histórico de los conceptos es más profundo que el que proporcionan las definiciones posibles, ya que carece de límites. Esta clasificación de Veyne no parece ser aceptada totalmente por Le Goff (1991), quien plantea que los conceptos del historiador remiten a lo concreto pero también a lo abstracto, lo que Veyne rechaza, ya que según su criterio los conceptos de la historia ni siquiera pertenecen a la categoría de los conceptos científicos, producto de la depuración de los conceptos del sentido común como, por ejemplo, los de la geología y la biología. Entonces, si se aceptan los planteamientos de Veyne, la sociología, al igual que la historia, únicamente realiza descripciones que se componen de una serie de conceptos universales y aun cuando existen teorías que son el núcleo esencial de la sociología, esta se ocupa de los temas que los historiadores no han desarrollado. Veyne (1984) también sostiene que para que la historiografía llegue a ser “integral” debe fundamentarse en los conceptos formulados por la sociología y antropología contemporáneas, ya que estas se fundamentan en los conceptos universales, que son descriptivos, al igual que los de la geografía y la historia económica, que se dedican a describir los hechos naturales y económicos. Esto nos lleva a considerar que para este autor, el saber y el conocimiento histórico sobre la ciudad que han presentado estas disciplinas está fundado en los conceptos universales que son descriptivos y, de hecho, considera que la obra de Max Weber y en particular *La ciudad* (1921), es la obra histórica por excelencia del siglo XX, dado que supera la singularidad espacio-temporal, el

enfoque del acontecimiento y la contraposición entre lo histórico y lo contemporáneo, en tanto agrupa y clasifica los casos concretos a lo largo de determinados siglos. Si esto es así, una gran parte de las obras nombradas en el primer aparte pertenece a esta categoría descriptiva del conocimiento, pero que agrupan y clasifican tipos de ciudad según casos concretos.

Para Le Goff (1991), sí existe la *explicación* histórica y su método es esencialmente deductivo antes que demostrable, dado que los factores conceptuales como las *categorías* –historia social, política, económica, mentalidades– o las esquemáticas, no pertenecen a entidades empíricamente confirmadas o desmentidas, son solo instrumentos de exposición que no tienen realidad sustancial. Para este autor, la explicación histórica es en realidad hacer inteligible un conjunto de datos separados mediante una lógica interna de cada uno de los elementos, lo que conduce también al reconocimiento de las regularidades dentro de las series estudiadas, que son el fundamento del comparativismo. De manera que la explicación histórica de Le Goff es similar a la descripción histórica de Veyne, en tanto se describe o explica con base en la racionalidad del historiador que realiza evaluaciones a partir de los conceptos comunes y universales.

Sin embargo, otros autores pertenecientes a áreas *del conocimiento* distintas a la historia “se aproximan a su objeto de estudio desde una disciplina bien definida –como sociólogos, urbanistas o geógrafos– y, en consecuencia, utilizan las construcciones teóricas de esas especialidades” (Guardia, Monclús y Oyón, 1996, pp. 112-13), de manera que explican el devenir histórico urbano a partir del desarrollo teórico propio de estas especialidades. Según Blalok (1984, p. 12, en Hernández, Fernández y Baptista, 1991) la definición de *teoría* “... no solo consiste en esquemas y tipologías conceptuales, sino que consiste en proposiciones semejantes a leyes que interrelacionan dos o más conceptos ...” y que “...presenta un punto de vista sistemático de fenómenos especificando relaciones entre variables, con el objeto de explicar y predecir los fenómenos” (Kerlinger, 1975, p. 9, en Hernández, Fernández y Baptista, 1991), de manera que si las teorías pueden predecir fenómenos no son aplicables al conocimiento histórico, dado que en historia no es posible predecir el futuro. No hay leyes en historia y, por lo tanto, causas predominantes, ya que en la historia no existe un esqueleto lógico (Wittgenstein, en Veyne, 1984); la historia solo recurre a leyes cuando estas actúan como causas y se insertan en la trama de lo común (Veyne, 1984). De hecho, para Veyne, las teorías en la historia son solo los resúmenes de la trama, aun cuando considera que los historiadores utilizan las teorías cuando analizan verdades científicas, principalmente en materia económica o demográfica y, en este caso, la finalidad de la teoría pura es establecer un *modelo* abstracto que el historiador o el sociólogo pueden confrontar con la realidad y medir la distancia entre esa ficción y los fenómenos existentes. Por lo tanto, las teorías de carácter económico que explican algunos procesos y realidades urbanas como, por ejemplo, la teoría o modelo de la renta del suelo (Alonso, 1964) estarían consideradas por Veyne dentro del conocimiento abstracto, contrariamente a ejemplos como la teoría de la dependencia u otras como la teoría norteamericana de la ciudad, la teoría urbana europea de Martindale y Newirth, 1958, y en otro nivel, la teoría de las permanencias de Poëte, 1929, y la teoría de la forma urbana de Capel, 2002, que no podrían ser consideradas como teorías, dado que están al mismo nivel que los conceptos del sentido común que utilizan los historiadores. La realidad es que la mayor parte de las *construcciones conceptuales*, que pueden ser llamadas *teorías* o no y que provienen de las distintas disciplinas, son aplicadas por los investigadores urbanos para explicar características específicas de los procesos urbanos y territoriales de los casos de estudio seleccionados. Estas explicaciones son de tipo causal, ya que exponen las causas, generales o particulares, que han

originado procesos históricos de la ciudad y el territorio. Al respecto, Veyne (1984) reconoce la relación de la historiografía con otros campos del conocimiento y de sus conceptos, que son utilizados por el historiador al repetir su aprendizaje, así como también que la historiografía se apoya en el conocimiento científico de la demografía y economía. Para el caso de la historiografía urbana, estas consideraciones pueden ampliarse y, de hecho, abarcar el conocimiento de otros saberes como la geografía, la arquitectura, ingeniería, otras ciencias sociales y las ciencias políticas y jurídicas.

Esto nos lleva a preguntarnos si dentro de todo el conjunto de obras mencionadas en los primeros apartes de este ensayo, se evidencia un cuerpo teórico coherente sobre los procesos urbanos y territoriales, y la respuesta es negativa. El conocimiento desarrollado durante el siglo XX ha generado conceptos y explicaciones particulares sobre determinados procesos históricos que de ninguna manera abarcan todos los fenómenos que ocurren en la ciudad y en el territorio. Solo existen construcciones conceptuales que abordan algunos aspectos del fenómeno urbano desde sus lógicas disciplinares y que en ciertos casos se articulan en la llamada hibridación interdisciplinaria (Capel, 2002), que combina muchos o algunos de los saberes y métodos propios de la historia, geografía, arqueología, arquitectura, urbanismo, demografía, sociología, antropología, historia de la cultura, las ciencias políticas o económicas, entre otras, a partir de las cuales se han generado aproximaciones complejas a la ciudad y los procesos urbanos con resultados significativos, entre los que se puede mencionar *La ciudad en la historia* de Mumford y *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* de Romero.

Se hace evidente que las visiones multidisciplinarias son características de la historiografía urbana y en la medida en que se vayan sumando conceptos recientes como producto de novedosos enfoques disciplinares o como regeneración de un obsoleto instrumental conceptual que no puede explicar los numerosos y recientes fenómenos urbanos y territoriales, el cúmulo del temario sobre lo urbano se ampliará y seguirá enriqueciendo el proceso continuo del catálogo de conocimientos existente para la reconstrucción integral de los complejos procesos históricos urbanos y territoriales.

La historiografía urbana en América Latina y en Venezuela

En el caso de Latinoamérica y Venezuela también se puede hablar de tres corrientes correspondientes a las mencionadas anteriormente. *La primera corriente* se refiere al proceso de construcción de la ciudad que fue estudiada no solo como entidad físico-social compleja, sino también como una parte de los ámbitos regionales y de amplios territorios continentales, en los que se producen patrones cambiantes de organización territorial. Algunos de los investigadores pioneros son los arquitectos argentinos J.E. Hardoy (1964, 1969, 1972, 1975a, 1975b, 1977, 1979, 1983, 1988, 1989, 1990) y R. Gutiérrez (1984, 1992, 1993, 2002) y el historiador F. Solano (1983, 1990, 1991, 1996). Una parte de estas obras abarca amplios períodos temporales que presentan tipos de ciudad y otras se refieren a temas específicos como, por ejemplo, los pueblos de indios. En años recientes y con el advenimiento de la posmodernidad, la tendencia a la fragmentación temporal, espacial y temática también se ha manifestado como los acontecimientos locales, algunos de los cuales integran un importante componente cultural que se expresa en las obras de los arquitectos A. Gorelik (1998, 2004), G. Ramón (1999, 2002) o F. Quesada (2001, 2002) y el urbanista A. Almandoz (2002) o desde el campo del derecho como Brewer-Carías (1997). Debe mencionarse la investigación del geógrafo P. Cunill Grau (1995) que dentro del enfoque de la geografía histórica latinoamericana abarca temas no tradicionales en

estos estudios, como los cambios ambientales o la violencia y los espacios de inseguridad. Otros ítems que amplían el listado de tópicos tradicionales incluyen a los grupos étnicos y sus manifestaciones urbanas, las legislaciones urbanas, la vivienda de los diversos grupos sociales, renovación urbana o las transferencias urbanas, como ejemplos.

Para Venezuela, puede afirmarse que los inicios de la investigación histórica urbana se remontan a la década de los sesenta, con los aportes pioneros de los historiadores E. Arcila Farías (1961) sobre la historia, ingeniería y A. Perera sobre los pueblos de Venezuela (1964). En el cuatricentenario de la ciudad de Caracas proliferaron investigaciones, entre las que destacan las desarrolladas por los historiadores A. Perera (1967) y Nectario María (1967), las de grupos multidisciplinarios dirigidos por notables investigadores provenientes del área de la historia y las ciencias sociales de la Universidad Central de Venezuela (1967), los realizados por arquitectos como Gasparini (1968, 1969, 1991), Posani (1969) y Zawisza (1972, 1988), en tanto también se debe mencionar las investigaciones del geógrafo C. Perna (1981) y la historiadora M. López Maya (1986) sobre Caracas, todos los cuales hacen énfasis en los aspectos morfológicos, sin evadir los temas socioculturales. También se encuentra la compilación cartográfica de I. De Sola (1967) sobre Caracas. En los años ochenta y noventa se produjeron obras importantes orientadas a determinados períodos de la historia urbana, principalmente de la ciudad de Caracas, cuyos autores son M. Negrón (1982, 1991, 2001), J.J. Martín Frechilla (1994, 1995, 1996, 1999), A. Cilento y V. Fossi (1998), que hacen énfasis en los procesos sociopolíticos y económicos de construcción urbana, así como también L. González (2002) y Almandoz (1997), que aplican enfoques multidiscursivos (Almandoz y González Casas, 1996). La historia urbana de otras ciudades como San Cristóbal ha estado a cargo de los arquitectos A. Arellano (2000) y L. Mogollón (2001), en tanto M. Sempere (2000) y Bermúdez y Portillo (1996) han estudiado la ciudad de Maracaibo. Así mismo están los estudios del insigne geógrafo Pedro Cunill Grau (1987, 1991) y los escritos de J. Ríos y G. Carvallo (1990). Hay que destacar que una parte de estas obras se encuentra en la tradición de las investigaciones que abarcan amplios períodos temporales, en tanto que otras se refieren a etapas y tipos específicos de ciudades. La temática de estas investigaciones comprende las mencionadas anteriormente y además el régimen de la tierra, obras públicas, vertientes profesionales y gestación institucional, transferencias urbanas, modernización capitalista, orden y progreso, vida social y cultural, suburbios, entre otras.

617

La *segunda corriente* también presenta tres tendencias distintas: la primera analiza los amplios procesos urbanos y territoriales a partir de enfoques estructurales, particularmente dentro de la teoría de la dependencia; la segunda tendencia estudia el enfoque de la modernización; y la tercera tendencia concibe la historia de las ciudades dentro de una compleja y múltiple óptica humanística, que incluye la crítica literaria, entre otras. Todas estudian los procesos urbanos utilizando periodizaciones y tipos urbanos que tuvieron su inicio y auge en las décadas de los cincuenta, sesenta y setenta. En el primer caso están las investigaciones de los economistas O. Sunkel y Paz (1980) y P. Singer (1972), que contribuyeron a la teoría de la dependencia, con el análisis de los procesos históricos de las sociedades latinoamericanas en amplios períodos. En la década de los ochenta destacan los trabajos realizados por grupos multidisciplinarios del Cendes (1982), los del economista S. Jaramillo (1989) y el arquitecto M. Negrón (1989), sin embargo, después de esa década la tendencia de los amplios encuadres languidece y la mayor parte de las investigaciones tiende a fragmentarse y enfocarse en estudios de caso. La segunda tendencia, sobre la teoría de la modernización, está representada por los trabajos de G. Germani (1976). La tercera tendencia presenta rasgos marcadamente humanistas y sobresalen las obras del historiador

J.L. Romero (1976) y del crítico literario A. Rama, que resaltan la historia cultural urbana en el largo plazo, incluyendo el componente morfológico; también, el investigador social norteamericano R. Morse contribuyó con sus criterios particulares al desarrollo temprano de esta tendencia (Gorelik, 2004). En la posmodernidad y dentro del caleidoscopio existente, deben mencionarse las obras que recrean la ciudad a partir de la literatura no especializada, como la novela, el ensayo y la poesía (Almandoz, 2000). La temática de estas tres corrientes maneja tópicos concernientes a la economía urbana, como los mercados y los procesos de industrialización, la primacía urbana, las redes de ciudades; estructura social, cambio social, movimientos sociales urbanos, protesta y la participación; accesibilidad a servicios colectivos, desarrollo y evolución institucional, políticas urbanas, manifestación cultural y cambio social, además de la modernización y secularización.

En Venezuela se podrían reconocer varias aproximaciones en esta corriente: la primera tendencia representa los enfoques estructurales que se manifiestan en los trabajos grupales del Cendes (1993) e investigaciones orientadas al ámbito territorial de Venezuela, como las de los arquitectos S. Barrios y F. Gonzalo (1971) y Negrón (1978), desarrollan interpretaciones a partir de la teoría de la dependencia. En la segunda de las tendencias la historiadora E. Troconis de Veracochea (1992) ofrece una historia de Caracas y su región inmediata, como locaciones de procesos políticos, sociales y culturales, en tanto que la tercera tendencia se entronca con los enfoques culturales y está representada por las obras de los urbanistas A. Almandoz (1993, 2002, 2003) y L. González Casas (1999). La nueva temática aborda, por una parte, el concepto del desarrollo dependiente y “la teoría centro-periferia”, primacía urbana y, por otra parte, metrópolis y cultura, por ejemplo.

La *tercera corriente* comprende estudios de los arquitectos O. Yujnowsky (1971) y J.E. Hardoy (1972) y, en el caso de Venezuela, los arquitectos A. Morales Tucker, M. Vallmitjana y R. Valéry (1990), quienes analizaron la historia urbana caraqueña. La temática principal aporta conceptos como el del régimen decisional.

CONSIDERACIONES FINALES

Esta aproximación inicial a la historiografía urbana pone de manifiesto que “la historia social de los complejos procesos de construcción territorial y urbana” (Martín Frechilla, 2004, pp. 108-109), se ha ido constituyendo a partir de la articulación de numerosos enfoques provenientes de diversas disciplinas, pero que siempre se agrupan en torno al pasado de la ciudad y el territorio. La naturaleza de la historiografía urbana es heterogénea y presenta posiciones contrapuestas, en tanto que sus métodos son los propios de la historiografía y las ciencias sociales, que comparten numerosos procedimientos, así como de la geografía y la arquitectura. El conocimiento histórico de la ciudad es acumulativo y se construye a partir de los conceptos ordinarios y de teorías de alto grado de abstracción, que son específicas de la economía y demografía urbanas. Sus contenidos son amplios, heterogéneos y fragmentados, ya que reflejan la diversidad de temas relativos a las variadas disciplinas que la construyen. Tanto los conceptos como los contenidos de la historiografía urbana se encuentran en proceso de expansión y seguirán extendiéndose en la medida en que los investigadores aborden los nuevos fenómenos urbanos y los pensadores generen nuevas categorías conceptuales.

REFERENCIAS

- Almandoz, A. (2003a). De Fustel de Coulanges a Lawis Mumford. *Urbana*, n° 32, enero-junio, Caracas.
- Almandoz, A. (2000). Aproximación historiográfica al urbanismo moderno en Venezuela. El tema de las ciudades en el pensamiento. En: J.A. Rodríguez (Comp.). *Visiones de oficio. Historiadores venezolanos en el siglo XXI*, pp. 211-231. Caracas: Academia Nacional de la Historia-Comisión de Estudios de Postgrado-FHE, UCV.
- Almandoz, A. (2003b). Framing Latin America's urban historiography: An interview with professor Anthony Sutcliffe. *Planning History*, vol. 25, n° 1.
- Almandoz, A. (2004). Nueva historia y representación urbana: a la búsqueda de un corpus. *Relea*, n° 20, enero-diciembre, Caracas.
- Almandoz, A. (2008). *Entre libros de historia urbana*. Caracas: Equinoccio.
- Almandoz, A. (ed.) (2002). *Planning Latin America's capital cities 1850-1950*. London: Routledge.
- Almandoz, A. y González Casas, L. (1996). Notas sobre historiografía urbana. La visión de la Universidad Simón Bolívar. *Urbana*, n° 19, Caracas, IU, UCV-IFA, LUZ.
- Aróstegui, J. (1995). *La investigación histórica, teoría y método*. Barcelona: Crítica.
- Braudel, F. (1990). *La historia y las ciencias sociales*. Madrid: Alianza Editorial.
- Capel, H. (1975). La definición de lo urbano. *Estudios Geográficos*, N° 138-139, febrero-mayo 1975, pp. 265-301.
- Capel, H. (2002). *La morfología de las ciudades*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 3 tomos.
- Germani, G. (1976). La ciudad, el cambio social y la gran transformación. En: *Urbanización, desarrollo y modernización*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Guardia, M.; Monclús, F.J. y Oyón, J.L. (1996). Los atlas de ciudades entre la descripción y la comparación. En: *La historia urbana*. Madrid: Marcial Pons.
- Hernández, R., Fernández, C. y Baptista, P. (1991). *Metodología de la investigación*. México: McGraw-Hill Interamericana Editores.
- Kuhn, T. (2004). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: FCE.
- Le Goff, J. (1991). *Pensar la historia*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Martín Frechilla, J.J. (2004). Sin fronteras precisas ni contenidos asignables. Claves particulares para la investigación histórica de la construcción territorial y urbana de Venezuela. *Relea*, n° 20, enero-diciembre, Caracas.

- Piñón, J. (1996). Apreciaciones sobre los márgenes de la historia urbana. En: *La historia urbana*. Madrid: Marcial Pons.
- Sambricio, C. (1996). Introducción. En: *La historia urbana*. Madrid: Marcial Pons.
- Sjoberg, G. (1974). Origen y evolución de las ciudades. En: K. Davies (Ed.) *La ciudad*. Madrid: Hermann Blume Editor.
- Terán, F. de. (1996). Historia urbana moderna en España. Recuento y acopio de materiales. En: *La historia urbana*. Madrid: Marcial Pons.
- Topolsky, J. (1992). *Metodología de la historia*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Veyne, P. (1984). *Cómo se escribe la historia*. Madrid: Alianza Editorial.
- Weber, M. (1958). *The city*. Glencoe, Illinois: The Free Press.
- Wirth, L. (1962). *El urbanismo como modo de vida*. Buenos Aires: Ediciones Tres.